los trágicos RAMONES

Rafael Heliodoro Valle
Alfonso Teja Zabre
Jorge Fidel Durón
Ventura Ramos
Marcos Carías Reyes.

Dr. Marcos Carías Reyes

863.4092
T765
c.4

COLECCION CUADERNOS UNIVERSITARIOS

Marcos Carías Reyes nació en Tegucigalpa en 1905 y falleció en esta misma ciudad en 1949, a los 43 años de edad. Dos meses antes de su fallecimiento publicó el breve ensayo "Los trágicos Ramones" que Cuadernos Universitarios reproduce en esta ocasión. Le anteceden artículos sobre el autor escritos por Rafael Heliodoro Valle, Alfonso Teja Zabre, Jorge Fidel Durón y la introducción a la edición póstuma de la novela Trópico, a cargo del Maestro Ventura Ramos.

CONTENIDO

ROSTRO BRONCINEO
Rafael Heliodoro Valle 9

HOMBRE DE ARTE
Alfonso Teja Zabre 12

MARCOS CARIAS REYES: IN MEMORIAN
Jorge Fidel Durón 15

TROPICO
Ventura Ramos 19

LOS ILUSTRES Y TRAGICOS RAMONES
Marcos Carías Reyes 21

Colección
Cuadernos Universitarios
No. 54

Colección
Cuadernos Universitarios

No. 1.– ESTADO Y SOCIEDAD – Marcos Kaplan.
No. 2.– LA MISION DEL PEDAGOGO – Manuel Antonio Santos.
No. 3.– INVESTIGACIONES Y TENDENCIAS RECIENTES DE LA HISTORIOGRAFIA HONDUREÑA. Un nuevo ensayo bibliográfico – Mario Argueta.
No. 4.– LA COMUNIDAD PRIMITIVA EN HONDURAS – Longino Becerra.
No. 5.– UNA ALTERNATIVA DIDACTICA. EL TALLER – Héctor Palacios Quintana.
No. 6.– UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD – Pablo Latapi.
No. 7.– EL ODONTOLOGO LUCHADOR – Carlos Herrera Júarez.
No. 8.– DISCURSO DE INAUGURACION DEL II ENCUENTRO DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA – Juan Almendares Bonilla.
No. 9.– LA JORNADA DE TRABAJO EN LA LEGISLACION LABORAL HONDUREÑA – Edgardo Cáceres Castellanos.
No. 10.– EL ESTADO, LA ENSEÑANZA SUPERIOR Y LAS UNIVERSIDADES PARTICULARES – Efraín Moncada Silva.
No. 11.– EL SECTOR LABORAL HONDUREÑO DURANTE LA REFORMA LIBERAL – Mario R. Argueta.
No. 12.– PRESENCIA DE GRUPOS MEXICANOS ANTES Y DESPUES DE LA *CONQUISTA DE HONDURAS* Y *PERVIVENCIA DE LA LENGUA* NAHUALT EN EL AREA SUPUESTAMENTE LENCA – Mario Felipe Martínez.
No. 13.– ENSAYO CRITICO SOBRE LA HISTORIA DE LA TECNOLOGIA EN HONDURAS – Guillermo A. Reina.
No. 14.– REALIZACION DEL SUEÑO DE BOLIVAR – Augusto César Sandino.
No. 15.– BIBLIOGRAFIA SOCIOPOLITICA DE HONDURAS – Ramón Oquelí.
No. 16.– DESARROLLO CONSTITUCIONAL DE HONDURAS DE 1975 – 1980 – Oswaldo Ramos Soto.
No. 17.– FILOSOFIA Y EDUCACION – Adela Cárcamo de Chavarría.
No. 18.– EL MACHISMO EN HONDURAS – A. León Padilla H.
No. 19.– NECESIDAD Y LIBERTAD – Augusto Serrano.
No. 20.– LA NATURALEZA DEL CONOCIMIENTO EN "KANT" – Francisco Alvarez González.
No. 21.– RECUERDOS DE MIS ESTUDIOS EN LA FACULTAD DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE HONDURAS, 1927-1931 – Roberto Ramírez.
No. 22.– HABITOS Y TECNICAS DE ESTUDIO – Lic. Manuel A. Santos.
No. 23.– CRONOLOGIA DE LA REFORMA LIBERAL HONDUREÑA – Mario R. Argueta.
No. 24.– ¿EXISTE LA CADUCIDAD DE LA INSTANCIA EN EL DERECHO PROCESAL HONDUREÑO? – Efraín M. Silva.
No. 25.– REFLEXIONES EN TORNO DE LA EDUCACION PRIMARIA – Gautama Fonseca.
No. 26.– HISTORIA DEL PODER JUDICIAL DE HONDURAS – Carlos Manuel Arita Palomo.
No. 27.– LA BRUJA DEL SIGLO DE ORO – Alma Caballero.
No. 28.– LA LUCHA POLITICA DE 1954 Y LA RUPTURA DEL ORDEN CONSTITUCIONAL - Ramón E. Cruz.
No. 29.– CUATRO DISCURSOS EN SUECIA – William Faulkner – Albert Camus – Czeslaw Milosz – Gabriel García Márquez.

Los Trágicos
RAMONES

Colección
Cuadernos Universitarios

No. 30.– DISCURSOS EN SUECIA – Solzhenitsyn – Sartre – Hermann Hesse – Neruda.
No. 31.– PANORAMA LITERARIO DE AMERICA. Vida y Obra de "Froylán Turcios". Manuel Arita Palomo.
No. 32.– ¿ES POSIBLE EL DESARROLLO DE LA CIENCIA EN LOS PAISES SUBDESARROLLADOS? – Juan Almendares Bonilla.
No. 33.– EL ORIGEN DEL FILOSOFAR – Lic. Ma. Cayetana Alvarez de Bittner.
No. 34.– ANTOLOGIA MINIMA – José Ortega y Gasset.
No. 35.– CAMPUS UNIVERSITARIO – Lic. Elisa Estela Valle de Martínez Pavetti.
No. 36.– *LA FAMA DE UN HEROE – R. Oquelí.*
No. 37.– REFUTACION DE LA TESIS "GARANTIAS ILUSORIAS" – Enrique Flores Valeriano.
No. 38.– RAZON HISTORICA – Augusto Serrano.
No. 39.– DISCURSOS EN SUECIA – Eugenio Montale. Winston Churchill – Miguel Angel Asturias – François Mauriac.
No. 40.– "EL MUNICIPIO EN HONDURAS: DE LA AUTONOMIA A LA SERVIDUMBRE" – Ernesto Paz Aguilar.
No. 41.– PRESENCIA DE ORTEGA EN AMERICA – R. Oquelí, María Cayetana de Bittner.
No. 42.– BREVE HISTORIA DEL DERECHO DE TRABAJO EN HONDURAS – José A. Sarmiento.
No. 43.– LO ETICO EN LA DOCENCIA – Manuel Antonio Santos.
No. 44.– LAS BATUECAS y otros escritos. Ramón Rosa.
No. 45.– INTRODUCCION A LA LOGICA DIALECTICA. Bruna Manai.
No. 46.– NOTAS ETIMOLOGICAS BOTANICAS. Miguel A. Cruz Zambrana.
No. 47. TEORIA DEL CONOCIMIENTO SEGUN SANTO TOMAS DE AQUINO – Juan Antonio Vega M.
No. 48.– GUIA PARA EL INVESTIGADOR DE LA HISTORIA COLONIAL HONDUREÑA HACIA UNA PERIODIZACION DE LA HISTORIA COLONIAL HONDUREÑA. Mario Argueta.
No. 49.– LOS HONDUREÑOS Y LAS IDEAS. Ramón Oquelí.
No. 50.– CRONOLOGIA DE LA CULTURA. Antes de Cristo – Rafael Heliodoro Valle Actualizada por Ramón Oquelí.
No. 51.– SINOPSIS HISTORICA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE HONDURAS. José Reina Valenzuela.
No. 52.– TENDENCIAS E INVESTIGACIONES RECIENTES DE LA SOCIOLOGIA HONDUREÑA: Un ensayo bibliográfico. Mario Argueta.
No. 53.– MOVIMIENTOS POPULARES EN LA HISTORIA HONDUREÑA DEL SIGLO XIX: PERIODO NACIONAL – Mario Argueta.
No. 54.– LOS TRAGICOS RAMONES. Rafael Heliodoro Valle - Alfonso Teja Zabre - Jorge Fidel Durón - Ventura Ramos - Marcos Carías Reyes.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE HONDURAS

Los Trágicos
RAMONES

Rafael Heliodoro Valle
Alfonso Teja Zabre
Ventura Ramos
Jorge Fidel Durón
Marcos Carías Reyes.

Editorial Universitaria
Tegucigalpa, D.C.
Julio, 1986

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE HONDURAS

Primera Edición

Julio, 1986

EDITORIAL UNIVERSITARIA
Tegucigalpa Honduras

ROSTRO BRONCINEO

Rafael Heliodoro Valle

La primera vez nos encontramos en el recuerdo de Angelita y de Lupe, dos rosas unánimemente excelsas en el árbol de la sangre. Un libro suyo inició nuestro diálogo; después una página suya —quizá la más hermosa que escribiera— sobre Tegucigalpa, la de Reyes, la de Rosa, asentada sobre plata y oro, con nubes que de repente hacen guiños a los balcones en que aún suspiran las novias muertas, los ángeles dormidos.

Después una carta, más tarde otro libro, y el conocimiento personal después, a su paso por México, en un viaje muy de prisa. Así fue su vida: un viaje así, como si tuviera una cita ineludible.

En su casa, panal feliz, le encontré vigilado por el amor, amurallado entre libros, sin disimular cierta amargura, por haberse asomado mucho a ese abismo en que almas selectas y guiñapos de almas se queman en su despiadada hoguera. Me hizo confidencias sobre la Honduras difícil, esa que en los pueblos íntimos cierra las puertas al pasar el viajero y se queda *atisbándolo detrás de las cortinas*. Estaba entonces en el apogeo de su primera juventud; pero sentía que comenzaba a envejecer muy en el fondo, y a pesar de su desdén al adulador y la viborilla, tenía la impaciencia legítima del arquitecto que ha reunido piedra y afán para labrar esa casa eterna conque sueñan todos los que tienen hambre y sed de paz. Advertía la fuga de quienes se ponen máscara de amigo cuando necesitan pan y sabor y hasta se empinan sobre la cola para aguzar la felonía.

En el ámbito de la intimidad, como el moro que tiene un canto y una voz, el rostro broncíneo se le llenaba de luz limpia, y entonces no podía contener la risa criolla. Era un gran taciturno que con avaricia ocultaba el súbito alborozo. Había recorrido países, libros, almas; y al regreso de sus largas excursiones, comparaba las miserias y las esperanzas, las maldades y los candores que dejan sentir su pulso en la novela y que es más exacto en la áspera realidad humana. Era un minero que cavaba silenciosamente en el túnel de las lágrimas que se oxidan cuando en la entraña de la piedra no se dibuja ni un fantasma.

Melancolía callada, pasó con el tesoro de su generosidad, sin ostentarla. Por eso tuvo amigos, porque su amistad fue un acto de elegancia y no se derrochaba en la palabrería insulsa. No se daba ese aire de suficiencia con que hablan los insignificantes que se creen genios; porque era humilde como los hombres mejores de su pueblo, los que —según el poeta— todo lo ganaron y todo lo perdieron.

Sobre las contingencias de la vida, la amó con toda su capacidad de amar y la abandonó con un desdén del que no le exculpamos, pues tenía mucha tierra y mucho cielo por delante, mucha obra inconclusa —"dadme obras qué cumplir"— y aún cantaba la alondra shakesperiana en el granado de fragancias.

En un patio en que Tegucigalpa concentra flores de fuego y músicas inoídas, una tarde nos reunió Diego Manuel Sequeira, ciñéndose su mejor diadema rubendariana, con los amigos que deseábamos escuchar en esa hora en que el anochecer del trópico va dejando caer sobre la conversación el temblor de las alas que viajan hacia los horizontes transparentes.

Su nombre está para siempre engarzado entre los de sus predecesores próceres, a quienes supo emular en la devoción a los valores del Espíritu y en el respeto a la obra de quienes construyeron para Honduras un solio de palabras finas y no la halagaron con falsas promesas. Su programa editorial basta

para que su nombre siga brillando a medida que se reducen a la última expresión quienes le amargaron el último momento.

Está así, victimado como su tío Ramón Reyes, o como aquel otro joven admirable, Pepe Gutiérrez, que cayó en la celada horrenda que las víboras tejen suavemente. Está así, sobre nuestra sorpresa, asomándose su recuerdo al más alto balcón de Tegucigalpa, contemplando el río, los tejados solariegos, el cielo románticamente azul sobre los montes, y más allá, esa Honduras que se estremece de realidad honda en su novela "Trópico", lampo de la vida lugareña, emoción acrisolada y rota, que se alza sobre las páginas con promesa blanca de nubes.

Washington, 28 de noviembre de 1949.

HOMBRE DE ARTE

Alfonso Teja Zabre

Sería para mí un remordimiento no dejar constancia de gratitud, afecto y admiración para Marcos Carías Reyes. Entre otras muchas cosas que he encontrado en Honduras, gratas y acogedoras, cuento la breve y profunda amistad con Marcos, como un don de la vida, que en cierta forma se confunde para mí con la dulzura del clima, la belleza de los paisajes y la esencia de la cultura que trabaja por arraigarse en la tierra. En verdad, Marcos Carías Reyes me hacía sentir un clima benéfico en el orden espiritual.

No tengo derecho para considerar, entre las múltiples facetas de su personalidad, más que su gesto de amigo y su aureola de artista.

Creo haber compensado la rapidez de nuestros contactos, por la profundidad de la simpatía. Quisiera anotar algunos rasgos que lo fijan en mi memoria de modo revelador.

Mientras fue Secretario Privado estuvimos alejados mutuamente de hecho, pero unidos por el intercambio de libros y de impresiones literarias. Desde entonces apreció su retraimiento voluntario y la melancolía oculta bajo la serenidad. Lo fui siguiendo por el camino de las páginas donde dejó su itinerario vital. Las "Crónicas Frívolas", los "Cuentos de Lobos", "La Heredad", los ensayos y esbozos de crítica. Me parece ahora que tengo el hilo de su evolución estética en dos extremos. Llegó por afortunada casualidad a mis manos un ejemplar de sus "Crónicas Frívolas", impreso en el Japón, en edición verdaderamente maravillosa, una joya bibliográfica inestimable, que guardo ahora como tesoro

mayor, avalorada por un autógrafo que justifica mis derechos para poseerla. Ese libro lujoso, precioso, refinado, suntuoso, representa la época del artista adolescente, de tono europeo, el hondureño que escucha el canto de las sirenas parisienses, como todos los que aman la esencia de la civilización latina. Pero el otro extremo de su evolución, truncada tan dolorosamente, me lo hizo comprender él mismo cuando estaba próximo a ocupar la Secretaría de Educación y concedió su colaboración al "Pen Club" de Honduras. Entonces lo ví más entusiasta que nunca en su papel de animador de la cultura. Se sentía feliz al alejarse de la política militante y entregarse a las tareas más propias de su vocación. Abandonó su anterior retraimiento y nos dio el placer de escuchar la lectura de un capítulo de su novela "Trópico". que estaba ya casi terminada. Para su gusto exigente de autocrítica, tal vez nunca estuviera una obra totalmente terminada, porque el afán de perfección, hasta la tortura, es un signo de conciencia estética. El fragmento leído en una reunión del "Pen Club", fue suficiente para comprobar la transformación del autor de las "Crónicas Frívolas" en creador de la crónica austera, temblorosa de realidad, con limpieza de estilo y gravidez de la sustancia interna, con la intención profunda de operar en carne viva y cumplir una misión social y nacional. Ahí estaba el hondureño que podía suspirar por París, pero que ya tenía los ojos y el alma puesta sobre su propio solar y sus propias gentes, sufriendo con el dolor de sus prójimos y buscando ansiosamente el camino de la redención, de la superación, o siquiera del alivio.

La crítica literaria que hace clasificaciones y quiere cotizar los méritos como valores de comercio está fuera de mi alcance y de mis simpatías. Buscar el lugar que corresponde en la escala de las letras a Marcos Carías Reyes es algo circunstancial y a mi juicio secundario. La resonancia futura es obra del Tiempo, padre de milagros y de sorpresas. Y de todos modos, será preciso tener en cuenta, que un artista marcado por el Destino con la desaparición prematura a la

manera de José Asunción Silva, Manuel Acuña o Leopoldo Lugones, deja abierta una enorme interrogación en cuanto a la posibilidad de sus realizaciones. Puede afirmarse con toda certeza que Marcos tenía el dominio de la forma, la cultura y la potencia intelectual suficientes para multiplicar lo que ya tenía fincado, con derecho para situarse entre los mayores de Honduras, junto a Valle, Rosa y Molina. El éxito y la difusión externas no dependen del genio del hombre, sino de la constelación de circunstancias que llamamos azar o destino. Más aún, dependen de las generaciones futuras, de su capacidad de comprender, asimilar y retrasmitir las obras de sus ascendientes. Las futuras generaciones de hondureños tendrán la responsabilidad de conservar y hacer fecundo el trabajo de sus antecesores. Un amigo que lo conoció más de cerca, al hablar del ilustre ausente buscaba consuelo al recordar que tuvo una vida colmada y entera, gozó lo que en este mundo hay que gozar como un privilegiado, y al pasar la mitad del camino, donde la selva se comienza a ver obscura y áspera, quebró la ruta en silencio. Si es cierto que los amados de los dioses se van jóvenes, un paso adelante llegamos a sentir que cada invierno más, los dioses nos aman menos.

MARCOS CARIAS REYES: IN MEMORIAM

Jorge Fidel Durón

"La muerte es paz". —UNAMUNO.

Pensemos en que la meta de nuestro ideal quizá esté distante, pero no por remota es imposible. Pensemos también en que lo importante consiste en procurar dejar una huella imborrable, profunda, trascendental, movilizando a nuestro paso por la vida esfuerzos tenaces e irreductibles hasta triunfar. Esa sería la clave. O una de las claves. Unamuno, torturado por el más allá, dice en una de sus cartas: "la incertidumbre es la salvación de la vida". Y agrega: "Si tuviéramos una certeza absoluta, sin sombra de duda, ni aun subconsciente de que al morir se aniquila para siempre *nuestra conciencia individual, sería tan imposible la vida* como lo sería si tuviésemos absoluta certeza de lo contrario". Y si a esto añadimos que los tiempos son difíciles. . . Pero, ¿cuándo no lo han sido? Quizás hallaríamos respuesta si interrogáramos a la edad provecta de John Dewey, a la anacreóntica vejez de George Bernard Shaw, a la de tantos otros que quién sabe si después no habría en nosotros alguna huella de sonrojo interior.

La trágica muerte de Marcos Carías Reyes viene a plantearnos con abrumadora cercanía, con aterradora verdad, *con dolorosa crudeza el viejo problema del hombre de letras* ante el medio convulsionado que lo rodea. Momentáneamente aturde y descorazona al más normal que el trabajador intelectual tenga que someterse, debe necesariamente hundirse en circunstancias que mueve la

pasión mezquina, parroquial y lugareña, y que, arrebatado por la corriente insondable, desaparezca en la lucha vencido por armas innobles y desleales donde campean y militan la perversidad y la vileza.

Nuestra callada anemia intelectual demanda, como deber, el ser egoístas con nuestros legítimos valores, exige que al descubrirse el feraz filón de sus talentos tengamos la obligación de emularlos y estimularlos a fin de que puedan desenvolverse en libertad y cumplir plenamente su misión, esparciendo belleza por la magia de la palabra, sea que lo hagan para propio deleite, o para maravilla de las gentes. En esto es esencial no olvidar tampoco el factor tiempo, ni el hecho evidente de que la prolongación de su perspectiva, hace que las cosas cambien y que se verifique el milagro de nuevas escalas de superada valoración.

Ciertamente, los tiempos son difíciles. Ya lo dijimos. Unos más que otros. Pero aquellos que supieron domeñar el medio y mantenerse en la cresta de las olas, extrayendo la amarga victoria que los enseñorea sobre sus circunstancias, saben también del mérito de las sangrantes piltrafas en la huella ascendente por el penoso camino en que sufre más el bueno, el sentimental y el hipersensible. Son estos altibajos en el fragor de la tormenta los que someten los nervios a la más estridente de las pruebas. Es así como, dolido de sí y por la humanidad, extingue su propia llama en Petrópolis Stefan Sweig.

Lamentaremos siempre la auto-inmolación de hombres de la estatura moral y de la categoría intelectual de Marcos Carías Reyes. Con su prematura muerte se le resta al país la energía de su personalidad, la iniciativa de su inteligencia, la orientación de su pensamiento. Es este lacerante desgarramiento el que nos ha privado una y otra vez de ver sazonada y plena la realización de grandes ideales, lo que nos ha impedido asistir a la fecundación de innumerables logros. Dedicado al estudio y resolución de grandes y pequeños problemas de la política criolla, perdió con pena precioso

tiempo robado a su afición literaria. ¡ Ah! ¡ Si sólo se hubiera podido dedicar a la literatura! Quizá este grito aislado, concretando una de sus secretas pesadumbres, fue una de sus mayores congojas.

Alguien escribirá su biografía para recoger en ella la narración de su incansable vida y el misterio de su muerte. Enamorado de la lectura, el mismo escritor fecundo, dijo un día: "El libro es la expresión de uno o de varios estados espirituales de un hombre. En los libros están los hombres: las pasiones que los agitan, los dolores que los laceran, las alegrías que los estimulan, los recuerdos que ora lo torturan, ora los regocijan, los conocimientos que han adquirido, sus reflexiones íntimas, sus esperanzas. . ." Y agregaba: "El libro significa esfuerzo y sacrificio. Esfuerzo de la voluntad y del cerebro; sacrificio del orgullo personal, del amor propio, de efectos, de tiempo. En fin, es casi indefinible esa palabra sacrificio si no se manifiesta en una forma concreta y tangible y si sólo es algo que muere, o que agoniza allá en lo más recóndito del espíritu, donde no llegan las miradas de los demás; algo que está pugnando por seguir en la vida con todas las pobres fuerzas que aún le quedan; algo que grita, que solloza, o que muerde en lo más hondo del espíritu, *allí donde nadie puede penetrar. . .*"

Pareciera una obsesión: "donde no llegan las miradas de los demás", "donde nadie puede penetrar". En otra ocasión, evocando nubes grises y recordando el grito de Barba-Jacob "el día en que ya nada nos puede retener", explica: "Sí. Miserias morales, envidias sordas, los pecados y el asco que provocan los abyectos. . ." Para expresar su anhelo perenne: "Quién pudiera ser como las aves que se van tan alto, quién pudiera ser como las naves que se van tan lejos. . .", como dijera el poeta. Terminando su ansiedad con la exaltación de otros medios menos ásperos, en expresión que era como una queja tácita dentro de su callada angustia: "En nacionalidades evolucionadas se favorece el surgimiento de plataformas de cultura intelectual sobre las cuales es más factible el

desarrollo de los ingenios y de los anhelos. Son terrenos abonados donde la semilla de la creación artística no se pierde, y da, si es buena, soberbios frutos, y donde los huertos espirituales florecen con hermosura de perenne primavera".

Entretanto, discurrieron los vientos inexorables. Y como dijera el Divino Rubén, "el pensador llegó a la barca negra y le vieron hundirse en las brumas del lago del misterio los ojos de los cisnes", en su viaje hacia las sombras.

24 de octubre de 1949.

(Ariston, Tegucigalpa, 1950)

TROPICO

Ventura Ramos

La novela TROPICO de Marcos Carías Reyes que edita la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, es diferente a las demás obras del mismo género publicadas en vida del autor. Escrita en 1948, un año antes de la muerte de Carías Reyes, cuando ya era visible el cambio parcial en la fisonomía feudal de Honduras y ya se habían producido los primeros conatos de huelga en la zona norte, y las compañías bananeras habían chafado el núcleo capitalista nacional, los empresarios independientes, no podían ignorar la dominación económica y política del capital foráneo.

Esa nueva realidad económica y social es el contenido de Trópico, junto con la desesperación de todos los que sufrían el proceso de proletarización.

Sus personajes razonan, ven su situación de impotencia ante el extraño dominio; sufren las injusticias y se revelan de un modo individual, no actúan como dirigentes obreros conscientes de su causa. Quieren exterminar físicamente a los capataces inhumanos y las consecuencias les resultan siempre adversas.

Pero queda la denuncia tan realista que parece documento histórico.

Cáceres, uno de los personajes, en diálogo con don Goyo, se refiere a las compañías del banano en la forma siguiente.

"Además, pensemos que hemos regalado al extranjero las mejores tierras de Honduras. Lo más rico. Lo más prometedor, lo que pudo ser la riqueza nacional más grande. Y con las tierras dimos también las aguas de nuestros ríos y las maderas de nuestros bosques. Así como el oro y la plata del subsuelo.

Pero yo no culpo exclusivamente a las compañías, ni a los empresarios. Muchos antecesores nuestros son también culpables de estas anomalías. Caudillos y políticos ambiciosos que no repararon en el daño que causaban a la nación; a las generaciones que iban a surgir después de ellos y las dejaron encadenadas a compromisos a cambio de dinero y armas para botar gobiernos. Paisanos inescrupulosos que en el poder o fuera de él traficaron con la tierra, con el agua, con la madera, traspasando o vendiendo concesiones al extranjero. . ."

Como se ve, la denuncia es completa y es actual.

Esta novela póstuma de Marcos Carías Reyes, prosista de primera clase, inconclusa como la vida misma del autor, pinta con fidelidad la realidad de hoy.

Su publicación constituye un acierto de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, no sólo porque al editarla nos pinta una imagen diferente del Marcos Carías Reyes que conocíamos en La Heredad, sino porque contribuye con su fuerza narrativa a que el lector piense en que tal vasallaje económico debe tener la pronta respuesta de las nuevas generaciones aún no domesticadas por el sistema de corrupción política, allí donde el imperialismo interviene en forma decisiva.

Tegucigalpa, febrero de 1971.

LOS ILUSTRES Y TRAGICOS RAMONES

Un hado trágico presidió la vida de nuestros ilustres Ramones.

Marcos Carías Reyes

RAMON ROSA

En el campo del pensamiento hondureño —centroamericano— durante el siglo pasado, se alzan dos figuras señeras. La figura austera y aristocrática del Sabio Valle, en los albores. Y la figura simpática y revolucionaria de Ramón Rosa, en las postrimerías. El primero habla con la voz profunda y misteriosa de las sibilas; en el segundo se escucha la palabra humana de los augures. El pensamiento del Sabio es más severo, más hondo, más adusto. El pensamiento del joven revolucionario es más ágil, más brillante, más colorido. Pero, sobre las distancias, en altura de ideales y en profundidad de concepciones y en intensidad de amor a esta tierra, se estrechan las manos augustas.

Llega Ramón Rosa a Honduras con la inquietud del movimiento revolucionario liberal triunfante en Guatemala, acompañando a otro hombre ilustre; a otro hombre que no dio de sí todo lo que era dable esperar, en materia de capacidad administrativa, de ciencia del gobierno y en concepto de pensamiento político y social madurado por la experiencia y el estudio. Llega Ramón Rosa lleno de inquietudes e inyecta esas inquietudes, aquellas ansias de renovación, aquel talento, aquella elevación de propósitos, al orden político en el que es figura prominente. Se califica la Administración del Doctor Marco Aurelio Soto como la era

del Renacimiento hondureño. Ramón Rosa fue, después del Mandatario, el factor principal para estructurarlo. Su inteligencia y su mano están en las obras materiales realizadas durante aquel período en el cual las pasiones salvajes se dieron tregua y las fieras hirsutas fueron a esconderse en sus madrigueras: y más señaladamente, en la obra cultural.

Además de su gestión en el Gobierno, Ramón Rosa se da, pleno y vibrante, a la Literatura. Antes que Ministro, antes que funcionario, antes que político, Ramón Rosa era un escritor, un literato, un hombre de pensamiento. Y entre los hombres de pensamiento de que puede justamente ufanarse nuestro país —¡nuestro pequeño, explotado, débil y escarnecido país...! ¡qué hombre de pensamiento fue Ramón Rosa...!

Su inteligencia y su ilustración florecieron de modo especial en la Biografía. Nadie, hasta hoy, lo ha superado en su arte magistral para pintar cuadros de tiempos idos y evocar figuras de hombres borrados del mundo por la Señora del Eterno Descanso. Entre todas sus biografías: la del Padre Reyes, Párroco con ideas de revolucionario y espíritu de efebo; la del General Francisco Ferrera, sacristán y sastre con capacidades empíricas de estratega provinciano y sentimentalismos de poeta romántico; la del bardo Manuel Diéguez Olaverry y las otras que escribiera, resalta, por la hermosura del estilo y la amplitud de las ideas, la de José Cecilio del Valle.

Esto lo anotamos sin conocer la del General Francisco Morazán, que nos esforzamos por obtener, con ocasión del centenario de Rosa y antes de esa efemérides, para publicarla, sin que nos fuera posible lograrlo.

Orador ancho y raudaloso, como dijéramos ya al referirnos a su personalidad, los discursos de Ramón Rosa han llegado a nosotros como auténticas expresiones de lo que el talento y el estudio, aunados a un afán muy noble y desinteresado de servir al país y a los semejantes, son capaces. Y entre sus magníficos discursos, nos seduce de modo

peculiar el que pronunciara en la Universidad Central, al establecerse un nuevo plan de estudios, el 22 de febrero de 1882.

Mucho del pensamiento político y literario; muchas galas del estilo de Ramón Rosa son inactuales, en la rotación de los años y de las inquietudes de los hombres y de las sociedades; y sólo quedan como bellos adornos que lucieran esplendorosamente en tiempos pasados; pero lo medular, lo trascendental y la visión tan clara y tan dilatada del estadista y del pensador; la visión tan audaz que no respetaba limitados horizontes, del hombre de pensamiento que deseaba como lo deseó el Padre Reyes, una Universidad que fuera fuente de luz, si la luz es sabiduría, estudio, cultura y dignificación del ser humano, queda en su obra de modo imperecedero.

Pero no estamos escribiendo un estudio biográfico sobre Ramón Rosa. Sólo queremos señalar el hado trágico que presidió la vida de nuestros ilustres Ramones.

Fuera del gobierno, sin ser ya ministro omnipotente, en el seno de la Patria ¡qué gris, como dice Rafael Heliodoro Valle es el crepúsculo de aquella existencia! ¡Qué gris, que triste, qué desconsolador! ¡y un final así a los cuarenta y cinco años de vida! ¡Un crepúsculo así de frío, de cruel, en medio de la indiferencia de sus compatriotas, en medio de las pasiones salvajes que están aullando sobre el escenario político, a la vez, trágico y grotesco; tan cerca de las fieras que han abandonado sus cubiles para destrozarse y destrozar! La madre tierra, la tierra que les dió la savia es injusta y dura con esta clase de hombres; porque no son hombres como todos los demás, porque son hombres que la han servido; que, cuando menos, han tratado de servirla, con esfuerzo y desinterés, ¡Cuán generosa, cuán amplia es la Patria con cualquier politicoide mediocre, con cualquier matasiete semibárbaro, con cualquier pedante lleno de prosopopeya barata, con cualquier especulador de la politiquilla aldeana! ¡Y cuán avara, cuán regateadora es para las glorias legítimas del pensamiento, que son las mejores y

más auténticas y más puras glorias en este país! Las fieras hirsutas: la envidia, la calumnia, la estolidez, las comadres que pintó el Shakespeare de los enormes dramas, como brujas de aquelarre y que ya no cabalgan en escobas, sino que se sientan en mullidos canapés; las almas pequeñas y los chacales hambrientos, todo eso se confabula contra el pensamiento, contra el idealismo, contra la inquietud, contra la dignidad. Y los hombres que no nacieron para ser hienas ni para ser serpientes han de vivir opacados, tristes, aislados; en una batalla anónima y tesonera que se libra desde el cuarto de estudio adonde no llegan los ruidos de la bacanal; en una lucha amarga de ángeles rebeldes contra los dioses que presiden en las sociedades. Así vemos a Ramón Rosa en sus días postreros y según cuentan sus biógrafos: amargado, decepcionado, buscando sedantes o estimulantes en el licor, intoxicándose de nostalgias, de pesares y de alcohol, enfermándose y destruyendo su organismo. Y en tanto, en la feria de las vanidades aldeanas, unos cuantos mediocres y unas cuantas comadres exhibían su cretinismo y su insensatez.

RAMON REYES

Pensar causa daño. ¡Felices los hombres que nacieron sin cerebro! Ramón Reyes nació con esa que entre nosotros es casi, que la Divina Providencia, o el blanco Jesús, o Alá y su Profeta me perdonen la blasfemia, es casi una maldición, pero algo como la clásica jettatura marca los pañales de los hombres que nacen con el maravilloso invento de la naturaleza llevado a un grado más o menos superior de perfección.

Dígalo el Dante, que en sus amarguras concibió la Divina Comedia; dígalo don Miguel de Cervantes y Saavedra a quien no valió ser padre de don Quijote —el hombre idea— y de Sancho —el hombre panza—, para dar con sus huesos en la cárcel. Dígalo Byron, cuyas tempestades nacieron de su

situación incómoda en el medio donde vivía. Dígalo Nietzsche cuya misantropía está más que justificada si se observa a los hombres. Dígalo Mariano José de Larra, el que tenía el espíritu fino como un estilete, pero no pudo abrir un agujero de claridad en el muro de su época y terminó destrozándose el maravilloso instrumento de pensar. . .

Ramón Reyes nació pensando y de ahí que pasara sus días leyendo y meditando, a ratos aislado y huraño; a veces, impedido por ese impulso de generosa y espontánea fraternidad que nace en los espíritus puros, en camaradería cordial y risueña con sus discípulos. Porque Ramón Reyes gustaba del hermoso trabajo de abrir surcos de luz en la conciencia del niño y del adolescente. Y por eso fue Maestro. Maestro, no en el sentido en que el utilitarismo y la corrupción moderna aceptan este vocablo. Sino Maestro en el sentido alto y ejemplar, ejemplar por la devoción, por la vocación y por el respeto a él, conque lo adoptaron y lo sirvieron nuestros educadores y educadoras de antaño, de los cuales no quedan abundantes retoños.

Eso de nacer para pensar y de aislarse para pensar mejor; eso de soñar y divagar; eso de tener en la cabeza cosas absurdas o brillantes; eso de ir viendo más allá de los tejados de enfrente y de adelantarse a los demás; eso de dialogar sin sonidos con los muertos que están vivos para los hombres que piensan, que sienten y que sueñan; eso y muchas cosas más no lo perdonan las gentes o cierta clase de gentes.

Además de Maestro, Ramón Reyes nació poeta y prosista. El asunto se complicó en el medio pueblerino donde retozaban las fieras pasiones y donde echaba chispas el machete de los corta-cabezas consagrados por la mediocridad; de los corta-cabezas que contribuyeron a cercenar el territorio nacional, directa o indirectamente; de los corta-cabezas a cuyas ambiciones, rencores e ignorancias se deben las intervenciones extrañas y las ofensas que ha sufrido ¡por débil! nuestra Honduras; los corta-cabezas que en consorcio con los especuladores políticos entregaron al

extranjero lo mejor de nuestras tierras, de nuestras minas, de nuestros bosques y de nuestras aguas; ¡ triste situación la de los hombres que en Honduras han nacido con capacidad para pensar y con la inquietud de soñar! Ya dejamos atrás a Ramón Rosa extinguiéndose, derrotado, después de haber hecho tanto bien. Ahora tenemos a otro Ramón; un Ramón de veinticinco años: Maestro, orador, escritor y poeta, muriendo acribillado a balazos por una escolta, cerca de San Antonio del Norte, en medio de una de las trágicas y ridículas zambras que hemos dado en llamar: revoluciones.

Tenía en el espíritu los aromas románticos que saturaron a los de aquella generación que nos dio también a Manuel Molina Vijil; sus poemas dejan ver el rostro del Hugo anciano con su poblada barba nívea; y del Lamartine, hermoso y aguileño del "Lago"; la melancolía, la taciturnidad, la nostalgia de los crepúsculos amarillos cuando caen las hojas de otoño. Su prosa, en la cual se revela un pensamiento ya serio y medular, pese a su juventud, transparenta los estudios del licenciado y Maestro Reyes en las duras disciplinas de la Filosofía y sus discursos elevan ante el recuerdo fiel la estatura de un orador que prometía llegar a las cimas elevadas de donde se despeñan los torrentes suntuosos. Pero las balas cortaron aquella existencia fecunda y prometedora, en una tonta aventura, que en la mente del joven idealista quizás ofrecía las características de epopeya por las libertades públicas, tan manoseadas por los demagogos y los oportunistas.

JUAN RAMON MOLINA

El águila no cayó fulminada por un rayo de Júpiter Tonante. No descendió en vertiginoso vuelo desde las inmensidades azules y frías hasta las cumbres rútilas o los verdes valles. No. El águila tuvo una muerte triste y lamentable.

El magnífico cantor de las "manos liliales, como hostias consagradas", que en sus poemas y en sus prosas revela aquella inquietud abscóndita y tan honda de Porfirio Barba Jacob, el poeta inmenso, tan inmenso que salvadas las distancias de tiempo y de época literaria, sólo cabe comparar con Rubén Darío, sobre todos los poetas modernistas, modernos y vanguardistas de las últimas décadas; el torrentoso panida de La Salutación a los Poetas Brasileros y del Río Grande; el orfebre sutil y delicado, otro Benvenuto que trabajara con la pluma y no con el cincel, de la Pesca de Sirenas y A Una Virgen; el prosista florido y exuberante del prólogo para Annabel Lee; llega al final de sus días, misérrimamente, en una taberna del suburbio de Aculhuaca. Y para quien no hubo, mientras ambulaba pobre y necesitado por las calles de la capital cuscatleca, una mano que se abriera con la amplitud que merecía; mientras los diarios regateaban el precio de sus artículos; para quien no hubo brazo que lo levantara de la postración, abundaron, ya muerto, los ditirambos, los discursos, los extemporáneos lamentos, los falsos epítetos de "hermano", "gran poeta", "alto espíritu" y toda la farsa que la humanidad se gasta con los muertos; con los hombres que, vivos, ha escarnecido, calumniado y sumido en la amargura y la decepción.

Quizás algún espíritu compasivo; alguna voz fraternal; pero siempre el sino adverso; el hado trágico ensañándose en el ánimo y en la materia de estos hombres que nacieron con el cerebro mejor construido que el de la mayoría de sus semejantes... ¿No es verdad que hace daño nacer con un cerebro así? ...

En otra ocasión escribimos: "Juan Ramón Molina fue un atormentado. Tormento del medio indiferente. Tormento de las multitudes sórdidas y frívolas. Tormendo del cerebro recargado de lecturas donde los hongos venenosos del pesimismo brotan junto a la floración maravillosa de las serenas concepciones. Tormento de la materia en la cual los apetitos no satisfechos se tornan en anatema contra la vida.

Tormento del alma que interroga vanamente y se consume en esperas angustiosas. Singular tragedia de los hombres de pensamiento elevado y temple artístico".

Sus pocos biógrafos o los recuerdos de las personas que lo trataron con familiaridad, nos muestran un Juan Ramón Molina altivo, desdeñoso y agresivo; otras veces, un Molina, taciturno, callado, huraño y triste; otras veces, un Molina alcoholizado y burlón acompañado por gentes muy ajenas a la Literatura, pero que quizás encontraban afectuoso alero en el espíritu del poeta por sencillas y francas ¡valen tanto las almas claras, las almas diáfanas, las almas que la farsa no ha corrompido, las almas que la maldad, la envidia y el egoísmo, no han contaminado y que se asemejan a las almas de los niños y de los perros buenos! Pero siempre, un Molina dual, con vuelos a la cima y caídas a la hondura; descentrado, turbado, atormentado. Esto es lo que se llama "tormento" sin cavernas en los pulmones, sin llagas cancerosas, sin esos suplicios de la naturaleza; tormento del espíritu; tormento del cerebro, muy peculiar en los hombres que piensan, que sueñan, que estudian...

Para los analistas, para los médicos, para los psiquiatras estos son "casos clínicos"; con ellos tiene que ver la Patología; se habla de neurosis profundas; de ancestros; de factores orgánicos; de estimulantes. De tantas cosas abstrusas y difíciles. El campo es sumamente amplio y tentador; pero dentro de él hay visiones y figuras de aquelarre. Ya han dicho algunos expertos que el Genio linda con la Locura y que muchas obras geniales son creadas por Nuestra Señora que adoptó a Maupassant. Y que también adoptó a Ramón Ortega, otro de nuestros trágicos Ramones. Sean unos y otros los factores y las circunstancias, el hecho es que en el predio de la literatura nacional, ya van pasando, grandes, altos, señeros, pero derrotados y vencidos, tres ilustres Ramones: Ramón Rosa, Ramón Reyes y Juan Ramón Molina, muriendo este último en un día, sin duda obscuro, en un sucio tugurio de Aculhuaca, después que en sus estupendos treinta y tres

años regó tanta luz, gratuitamente, para iluminar las pupilas de los hombres.

RAMON ORTEGA

Este delicado poeta, como Rodenbach, quedóse dormido a la sombra enorme de la Catedral que nos dejaran los tercos y audaces invasores blancos, heraldos de Cristo y exterminadores de indios.

Allí, a la sombra de la Catedral, quedóse dormido Ramón Ortega. Pero no después de un banquete digno de un Lúculo; ni después de catar el néctar de los pámpanos de Silvano; ni en un rapto de furor... No. Se quedó durmiendo un sueño plácido, en el regazo de Nuestra Señora la Locura, que ha sido tan pródiga con los grandes espíritus.

Tal vez el hado trágico que preside en estas vidas ilustres quiso ser compasivo y en vez de arrojarlo a la amargura como a Ramón Rosa; o cedérselo a las balas como a Ramón Reyes; o echarlo a morir abandonado en una taberna como a Juan Ramón Molina, lo dejó descansar, perdida la noción del tiempo, de los seres y de las cosas, en el regazo de la Locura. Y fue una locura iluminada con fulgores de libras esterlinas y de gemas raras, quizás las gemas raras como pupilas de mujeres, como miradas de Antinoo, que iluminaron la demencia del Señor de Phocas; una locura llena con rumor de crinolinas y de capas y de tizonas que siglos atrás llenaran los atrios de los templos coloniales de la antigua Valladolid.

Antes de penetrar en esa sombra de misterio, el poeta había visto a los hidalgos atisbar cerca del balcón de la castellana, en las noches blancas de luna; había oído la canción del grumete en los mares iridiscente; "el mar es malva y plata; sobre el oleaje vuela y se pierde a lo lejos la fugaz cantinela" y había añorado "el constante perfume de un amor de mujer"; y cuando Nuestra Señora la Locura decidió adoptarlo como adoptó a Schopenhauer, el inmenso y profundo auscultador del alma humana, que de tanto

estudiarla y conocerla, se volvió loco, le hizo el señalado favor de permitirle que siguiera dialogando con los hidalgos y las infanzonas; con los prelados y los ediles; con las marquesas y los pajes. . .

La coincidencia es llamativa. Unos Ramones que terminan intoxicándose, llenos de ocultas rebeldías indomeñables; porque eso es lo más duro, cuando el espíritu no quiere ceder; cuando no quiere rendirse ante la evidencia cruel y aplastante; frente a la realidad con aspecto de gorgona donde imperan el ceño adusto de los dómines de la aldea y la nariz de ave de rapiña de los fenicios del pueblo, alternando con las lenguas viperinas de las comadres y el gruñido de las piaras. El espíritu trata de luchar, de sobreponerse, de iluminar, de vencer. Y así surge el Ginebrino, surtidor altísimo pero sombrío, lanzando sus anatemas y colocando en el lugar que merecen, dentro de los calderos del Infierno, a los ingratos, a los difamadores, a los codiciosos, a los envidiosos, a los perversos; así habla Zaratustra desde la cima de su desdén por lo pequeño y lo ruin con palabras que hacen pensar en el San Juan del Apocalipsis; así estalla la ira de Byron, de Hugo, de Chocano; así se dibuja la tremenda sonrisa de Voltaire y así suena la carcajada de Rabelais; así discurre la austera lección de la Bruyere; la serena meditación de Montaigne y la aguda sátira de Larra; igual que en los tiempos antiguos estalló la cólera de Esquilo, la risa de Aristófanes y la imprecación de Tácito. Pero en la batalla que libran contra las fuerzas de la ignorancia, de la estulticia y de la maldad, no siempre resultan vencedores los grandes espíritus. El cuadro es desconsolador, porque el desfile de los vencidos es inmenso, en la Filosofía, en las Artes, en la Literatura. . . Y cuando no apelan al tóxico que mata fulmínea o lentamente; echan mano del arma, serenos y paganos como Petronio, desesperados como Manuel Acuña; o terminan sus días claudicantes, de hospital en hospital como Verlaine, a la sombra de las alas negras de la Locura. . .

RAMON PADILLA COELLO

Este es el efebo, el benjamín de los trágicos e ilustres Ramones. ¿Recuerdas, Ramón Padilla Coello cuando escribiste tu Virgen Desnuda atrayendo la condenación clerical? Hace tantos años. No. ¡No hace muchísimos años, pero en el pasado que va quedando atrás, cada día, cada hora más atrás; en la caravana de las ánimas, de los rostros, de las cosas, de los aromas, de las poesías, que va pasando vertiginosamente parece que estás tan lejos!

Espíritu contradictorio ¿cuándo un espíritu inquieto, con inquietud de arte, de conocimiento y de superación, no es contradictorio? Ramón Padilla Coello quiso ambular por las llanuras de Sancho Panza, con las divagaciones y las excentricidades de un trovador medieval y bohemio. Y ni la bohemia ni el desasimiento de la realidad son posibles en un mundo en el que reina, amo y señor, el Becerro de Oro; en un mundo en el cual moran los hijos de la loba –que no sólo Rómulo y Remo son hijos de loba– sino los hombres todos, al decir del amargo pensador, es conveniente andar con los pies bien puestos sobre la tierra y la cabeza muy firme sobre los hombros. Y a los sueños hay que ponerles amarras para que no nos arrastren.

Es el efebo por su juventud risueña, despreocupada y báquica. El alegre Dios que los griegos, siempre armoniosos y brillantes, crearon y dieron preferente lugar en su mitología, llena de dioses bellos y fuertes, arquetipos de perfección, tal como los hijos de Atenas querían ver a los hombres, acompañó en su raudo paso por el mundo al rápsoda hondureño, porque Ramón Padilla Coello tenía mucho de aquellos cantores empíricos; de aquellos cantores elementales, primigenios, aurorales y cristalinos. Ni bibliotecas, ni escuelas, ni técnicas, ni dómines habían dejado su peso trascendental y abrumador sobre su espíritu de pájaro

y de párvulo. Y así cantaba con la espontaneidad conque canta el agua sobre las piedras del despeñadero o el jilguero en la montaña obscura, cobijada de neblinas.

No obstante esto, el hado trágico también surgió con él. Al nacer este poeta, el hado de los Ramones que le han precedido se irguió cerca de su cuna. Y le acompañó en el transcurso de su vida. Para dejarlo en manos de la Gran Silenciosa, cuando apenas había escapado de la adolescencia; en una fuga sonriente y luminosa, hacia los abiertos predios de la juventud que es ímpetu y creación. Como a Ramón Reyes, el destino fatal lo devolvió a la tierra por el camino que el plomo abrió. Y antes de cerrar este capítulo en el cual han desfilado, vencidos, derrotados, amargados, por la envidia, la incomprensión, la hostilidad del ambiente, las mil y una circunstancias adversas, cinco Ramones merecedores de mejor suerte, consagramos un recuerdo fiel a la memoria de aquel otro Ramón, de Ramón Carías Reyes –inteligencia y corazón– que comparte con ellos el triste y duro privilegio de haber nacido bajo el signo tan desconsolador.

Tegucigalpa, Invierno del 49.
Surco, Tegucigalpa, Nos. IV y V, julio y agosto 1949.

EDICIONES
NUEVA UNIVERSIDAD